



Cristian Segura

LA SOMBRA DEL OMBÚ

Relato de un suicidio



Cuadrilátero
de libros



LA SOMBRA DEL OMBÚ

© 2016 Cristian Segura

© de la imagen de portada: Jordi Duró

© 9 Grup Editorial

Lectio Ediciones

c. Muntaner, 200, ático 8.^a

08036 Barcelona

T. 93 363 08 23

www.lectio.es

lectio@lectio.es

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-16012-70-1

DL T 407-2016

Impreso en Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Cristian Segura

LA SOMBRA DEL OMBÚ

Relato de un suicidio

Cuadrilátero
de libros 

Índice

I	Un mensaje de whatsapp	13
II	Lo contrario al sacrificio	15
III	Un cadáver en el jardín	25
IV	El árbol casa	35
V	«Wanting to Die»	63
VI	Los jesuitas	81
VII	Símbolos	93
VIII	Dementores	119
IX	Doce mujeres y cinco hombres	133
X	La locura	157
XI	Lar de Paz	163
	Epílogo	169
	Bibliografía	173

A Manuel

—¿Por qué ese señor ha hecho esto?
—Porque las personas malas quieren que sepamos que son malas.

Para los hechos que se relatan, este libro se ha servido de las experiencias personales del autor y de información publicada en internet y en medios de comunicación. También se han utilizado las declaraciones de testimonios que dieron su consentimiento para ser citados. Algunos testimonios no aparecen citados en la obra porque fueron aportados desde el anonimato o porque vulnerarían la privacidad de los afectados. También se han omitido datos que podrían herir los sentimientos de las familias de los protagonistas del libro. Se ha prescindido de los apellidos de los allegados de Manuel para respetar su intimidad.

I

Un mensaje de whatsapp

Los jesuitas dirigen en el barrio de Sarriá una de las escuelas con más pedigrí de Barcelona, el Sant Ignasi. Es un edificio imponente, con una fachada de 123 metros de largo, premodernismo o nuevo gótico de ladrillo rojo. La ciudad se despliega a sus pies. En el colegio Sant Ignasi estudian desde hace 120 años muchos de los hijos de las élites locales. Niños bien alimentados, formados en sus hogares y en las aulas para que den continuidad al gueto privilegiado.

Mi hermana Laura estudió en el Sant Ignasi. Doce años de enseñanza primaria y de bachillerato. El 8 de junio de 2012 llegó el día de su graduación. Citó a la familia en el colegio a las siete de la tarde. Una hora antes se celebró en la capilla de la escuela una misa para los alumnos. Mi familia no es devota, son lo que se dice «católicos no practicantes». Por eso mi hermana pasó de la ceremonia religiosa; prefirió quedar con las amigas, charlar de sus cosas. Cosas de adolescentes.

A eso de las seis y media recibí un mensaje de Whatsapp de Laura: «Un chico se ha suicidado en el colegio. Estoy muy nerviosa, llorando». Le hice las preguntas inevi-

tables: qué había pasado, quién era. Le pregunté si era necesario que fuera, pues suponía que el acto se cancelaría. Laura me respondió que nadie había dicho nada de suspender la graduación.

Luego vino la escena más rocambolesca que he presenciado en mi vida.

La secuencia de los hechos duró un par de horas. En algún momento participé en la representación, como un extra en una película de Federico Fellini, aunque por lo general me dediqué a observar, a fumar, nervioso, con las manos temblando. Había sucedido algo que no estaba bien. Esa era la sensación que retumbaba en mi consciencia. La voluntad general era la de actuar con normalidad, pero se percibía algo en el ambiente, como si la densidad de los hechos pesara tanto que friccionara con nuestros cuerpos.

No me planteé escribir sobre aquello hasta que salí de la escuela. Andaba por la calle que da acceso al Sant Ignasi. Delante de mí tenía a una madre y a su hija. La niña tendría unos diez años. Como yo, la niña era hermana de un estudiante que se graduaba aquel día. La niña preguntó a su madre: «¿Por qué ese señor ha hecho esto?». Y la madre respondió: «Porque las personas malas quieren que seamos que son malas».

La niña rompió el silencio.

¿Existen las personas malas? ¿Por qué ese señor hizo algo así? Y sobre todo, ¿por qué esa madre reaccionó de esa manera?

II

Lo contrario al sacrificio

El semanario ruso *Ogonyok* publicó en enero de 1989 un reportaje que sacudió los estamentos soviéticos. Era una sacudida más de *Ogonyok*, uno de los medios más persistentes en escribir la letra del «glasnost», la apertura política y social que acabó liquidando a la URSS. Cada semana salía alguna noticia en *Ogonyok* que ponía en entredicho al sistema. Tres años después de publicarse el reportaje «El paso final», la URSS ya había desaparecido. En ese mundo, tan lejano y tan diferente de nuestro presente, irrumpió *Ogonyok* con un artículo sobre una clínica secreta en Moscú especializada en recuperar a suicidas frustrados. Su texto quiso romper el tabú y sigue siendo válido hoy, incluso para nuestra sociedad y para el cometido de este libro:

«Observamos el triste y pequeño pueblo, con la nieve derretida y las carreteras semiarruinadas. Observamos a la madre que se levanta cuando sale el sol y que se prepara para poner en marcha la granja. Observamos el autobús y a sus pasajeros todavía medio dormidos, con sus botas puestas, sucias de trabajar en el campo. Vemos el teléfono

que suena en la cómoda, la radio que retransmite las mismas noticias. El paseo hasta el colegio y el retorno a casa. Vemos a la madre, cansada y resfriada, preparando el almuerzo de cada día. Sus manos, endurecidas por el trabajo, su vieja ropa, el ocasional novio que no quiere compromiso; la madre que llora, grita y se agota. Las tareas del hogar, el paisaje gris desde la ventana. Mirar la televisión y a dormir. Y mañana será exactamente el mismo día, y pasado mañana, igual.

»Podría haber sido la madre, pero ella renunció y aceptó su vida. Su hijo pequeño en cambio rechazó rendirse y se mató.

»“Quitarse la vida bajo la influencia de una crisis interna insoportable es algo que muy pocas almas, excepcionalmente nobles, son capaces de conseguir”, escribió Einstein.

»Pero el suicidio es algo que ninguno de nosotros tiene el derecho de juzgar. Intentar ayudar y entenderlo es otra cosa. Porque estamos justo empezando a entender cuán poco sabemos de la psicología humana.

[...]

»Durante muchos años, los médicos de la Unión Soviética consideraron que cada persona que cometía suicidio era un enfermo mental. A los normales, el resto de nosotros, los que queríamos vivir, nos decían los médicos que éramos los sanos y teníamos que seguir pese a ellos. Y quizá, si entendemos el suicidio como una enfermedad, es porque es la sociedad la que está enferma».

Mi psiquiatra, la doctora Rosa Sender, opina que «toda persona con dos dedos de frente ha pensado alguna vez en el suicidio». Yo también he pensado en esta opción. Más de una vez. Dice la doctora Sender que el suicidio es un derecho que tenemos. De hecho, es el derecho definitivo.

«La negación límite de la especie, es el test absoluto de la libertad humana», escribió Edgar Morin.

La interpretación del suicidio, como máxima expresión de la voluntad del individuo frente a la comunidad, depende de cada civilización y del contexto histórico. Igual que la forma de entender la muerte, que varía según el colectivo humano y según el momento en el tiempo.

Escribo esto después de una investigación de tres años en los que me he adentrado en el mundo de la muerte. He hablado con sus testimonios, he visitado cementerios y tanatorios, he viajado y he leído.

También he estado en la Biblioteca Funeraria de Montjuïc, en Barcelona. Se promociona como la más extensa de Europa en esta materia, aunque no se trate más que de una sala con dos mesas y una librería de unos quince metros de longitud. 3.600 ejemplares. Es un altillo abierto al espacio, en una nave que alberga la colección municipal de carrozas fúnebres. El edificio se encuentra a un lado del acceso principal al mayor cementerio de Barcelona. En la pista que sube al camposanto, frente a las carrozas, deambulan parejas de gitanas que venden flores para ofrecer a los muertos. Ojeando el fondo de la biblioteca se identifican pocos trabajos dedicados al suicidio. El único mono-

gráfico visible es *Suicides. Histoire, techniques et bizarreries de la mort volontaire*, de Martin Monestier, un periodista francés con tendencia al morbo y a relatos que te dejan helado.

Durante estos años he vagado por librerías buscando títulos y conocimiento sobre la muerte voluntaria. El último ejemplar lo adquirí durante un fin de semana de recreo en una librería del municipio de Vilafranca del Penedès, la capital catalana del vino. En la librería L'Odisea tenían expuesto un ensayo del escritor Albert Mestres, *Breu tractat sobre la mort i la bellesa* («Breve tratado sobre el amor y la belleza»). El suicidio como mito artístico se lleva buena parte de su interés. Sobre la contradicción entre el interés del individuo y el del colectivo, Mestres escribe: «Para los antiguos, el suicidio tal y como lo entendemos nosotros no tenía ningún sentido. Para ellos, la diferencia que existía entre la vida y la muerte era difusa y en todo caso mínima, como la que puede haber entre la cara y la cruz de una moneda. Para una sociedad en la que el individuo como persona separada a duras penas existía y lo que dominaba sus mentalidades era la vida colectiva, el acto de arrogancia que significa decidir uno mismo en qué instante exacto quiere dejar de vivir, y ejecutarlo con sus propias manos, era inconcebible, igual que para una hormiga o una abeja. Solo se podía entender en caso de locura.»

Ya en el Neolítico era impensable quitarse la vida porque uno estuviera harto de existir. Lo que no está tan claro es cómo entendemos hoy este «derecho definitivo» del in-

dividuo y si nuestra comprensión ha evolucionado significativamente en seis mil años. Una de mis primeras conclusiones es que el suicidio porque sí, sin que suponga un beneficio para la sociedad –como lo puede ser un mártir de guerra en una misión imposible o una madre que se sacrifica por su hijo–, se ha considerado y se considera una desgracia en cualquier pueblo y en cualquier etapa de la historia. El rechazo al suicidio es una reacción natural, producto de nuestro interés subconsciente por la preservación de la especie. La edición de Penguin del ensayo de David Hume *Sobre el suicidio* destaca en la cubierta una contundente cita del filósofo: «Creo que nunca ningún hombre rechazó su vida mientras valía la pena mantenerla». Esta premisa puede ser tan cierta como mi conclusión: que en general entendemos el suicidio como un fracaso en la evolución y supervivencia del colectivo.

Hay dos párrafos en el ensayo de Edgar Morin *El hombre y la muerte* idóneos para sustentar esta tesis:

«El suicidio es producto de un vacío social, y cómo disminuye el número de casos con las guerras. Verdadero crimen en las sociedades arcaicas, sancionado aún en Inglaterra [año 1950], el suicidio es exactamente lo contrario al sacrificio, que más bien traduce una plenitud, cívica o religiosa. El suicidio consagra la total dislocación entre lo individual y lo cívico.

»Allí donde se produce el suicidio, la sociedad no solo ha fracasado en su intento de ahuyentar la muerte, de pro-

curar el gusto por la vida al individuo, sino que ella misma ha sido derrotada, negada: ya nada puede hacer por y contra la muerte del hombre. La afirmación individual cobra su extrema victoria, que al mismo tiempo es irremediable desastre. Allí donde la individualidad se desprende de todo vínculo, allí donde aparece solitaria y radiante, solitaria y radiante también se alza, como un sol, la muerte.»

Incluso en los casos excepcionales en los que el colectivo comprende emocionalmente el suicidio, racional o subconscientemente, también lo asume como un desastre. Las excepciones pueden ser los suicidios por desesperación—los de aquellos que saltan de una torre en llamas, o los de aquellos que están paralizados por una enfermedad—. Igualmente son una excepción los suicidios por honor, los planteamientos positivos del anarquismo sobre el suicidio o el sacrificio por una causa mayor. No se entienden de otra forma los elogios que aparecen en nuestras latitudes cuando un político o un empresario japonés se quita la vida tras cometer un error profesional: «Estos sí que tienen decencia, no como aquí». ¿Quién no ha oído comentarios de este estilo en Europa?

Las crisis, cómo no, plantean situaciones fatales que despiertan nuestra compasión. Los suicidios de desahuciados ante la inminente orden del juez copan titulares en los medios de comunicación. No es un incidente que suceda regularmente, al contrario: el drama es excepcional, pero los medios lo utilizan sin complejos para ilustrar los estragos de la crisis; consideran que es un suicidio desesperado,

mucho más comprensible que el de un demente. Los expertos indican que quien se suicida ante un desahucio es alguien que ya tenía mayor riesgo de asumir una decisión tan radical en otro contexto de tensión. Frecuentemente en periodismo estos matices se omiten para favorecer un titular que lance un mensaje nítido y que capte la atención de la audiencia.

* * *

En diciembre de 2008 inicié mi blog literario («La teoría del Iceberg») citando un reportaje de la revista *New Yorker* dedicado a un intento de suicidio de una anciana de 90 años en Ohio, poco antes de que la policía se dispusiera a desahuciarla de su casa. La señora Addie Polk se disparó un tiro en el pecho cuando oyó llegar a la policía: «El agente Fatheree estaba listo para irse, preparado para reprogramar el desahucio, cuando oyeron un ruido en la casa. El vecino Robert Dillon, preocupado por si Addie se había caído y necesitaba ayuda, dijo que sabía de una manera de entrar en la casa [] Dillon tomó una escalera, subió hasta la ventana del baño del segundo piso y con un poco de maña consiguió entrar. Llamó a Addie pero no obtuvo respuesta. Vio en el tocador la orden oficial de desahucio con el sello oficial todavía pegado en el sobre. Dillon encontró a Addie recostada en su lado de la cama, aparentemente dormida. Había una pistola a su lado, y Dillon recuerda que se preguntó “¿Qué? ¿Por qué la señora Polk duerme con una pistola?”»

La temática del primer post de mi blog no era fortuita. Este blog empezó como parte de una terapia en un momento complicado de mi vida, un momento oscuro por el que muchas personas pasan.

Cuando vivía en Pekín, una noche de otoño de 2008 tuve lo más parecido a mi primer y único intento de suicidio. Llevaba un año sufriendo una depresión que iba cada vez a peor. Había bebido mucho, eran las tres de la mañana y mientras fumaba como una chimenea y escuchaba las canciones más tristes de Portishead, me dije: «Esto no da más de sí. No puedo más. Acabemos con el drama». Salí al balcón de mi apartamento, una planta 14, si no recuerdo mal; crucé la barandilla y agarrándome a ella miré al vacío. Un golpe de viento me despertó, me devolvió al mundo de los cuerdos. Seguramente, si no salté es porque mi vida todavía daba más de sí.

Volví a entrar en casa, cogí la cartera, lo dejé todo tal como estaba, tomé un taxi y me instalé en casa de mi amiga Donna. Acostado en su sofá, me pasé lo que quedaba de noche llorando, por el miedo, por el cariz desesperado que había tomado mi vida. Donna es una sinóloga de Hamburgo. Vivió muchos años en Pekín, con su pareja de entonces, un chino tan guapo como holgazán. Donna es una mujer decidida y fuerte, que planta cara a los problemas sin lamentaciones. Me acogió sin dudarle, estuvo a mi lado esa noche que lloré sin hablar y luego el tiempo que la necesité. Recuerdo que cuando volví a mi apartamento y vi el percal que había dejado –el desorden, la montaña de

colillas—, me di cuenta de que allí vivía un enfermo. Volví a Barcelona y allí me quedé un par de meses, siguiendo un tratamiento, arropado por mis seres queridos. Detecté la gravedad de la situación en sus miradas y en el cariño que me dieron. Hablamos poco pero me dieron mucho apoyo y distracción. Y volví a China con mi pareja de entonces.

Lo he explicado en entrevistas y en programas de divulgación. No disfruto contándolo, no lo hago con frecuencia, pero compartirlo lo relativiza. Es parte de la terapia. Ayuda a ahuyentar a los fantasmas. Jugó a mi favor que yo todavía tocaba de pies en el suelo y que mi entorno respondió con la máxima atención. Por un lado parecían atónitos, pero por otro entendían que algo grave sucedía. Por lo general las personas más cercanas a un suicida comprenden que algo no va bien, incluso lo captan desde la distancia. Si el suceso fatal se produce, inevitablemente aflora la culpa, como veremos en este libro.

* * *

Aproveché los dos años siguientes al punto álgido de mi depresión, un tiempo en el que todo en mí nació de nuevo, para escribir una novela terapéutica, con tintes personales. En esta novela, *La madriguera*, hay un personaje que simboliza estos miedos. Se llama Enric Conill y es el heredero de una familia burguesa de Barcelona. Podría ser un antiguo alumno del Sant Ignasi. No encaja en los valores sociales que le han inculcado y la incomprensión que padece le arrastra a hacer uso de su derecho final. A Enric Conill

me lo imaginaba consumiendo las horas previas a su muerte fumando y escuchando música de Joy Division en su apartamento. No es casualidad: Ian Curtis, el cantante de Joy Division, también se suicidó, a los 24 años. Sufrió depresión y epilepsia. Su matrimonio era un desastre. A la mañana siguiente de su muerte, Curtis tenía que viajar a Estados Unidos para iniciar la primera gira americana de Joy Division. Demasiada presión para una mente tan débil. Antes de quitarse la vida, Curtis visionó *Stroszek*, de Werner Herzog –una película de culto para la contracultura– y escuchó el primer álbum de Iggy Pop, *The idiot*. Curtis se colgó en la cocina; Enric Conill se precipita por el patio de luces del edificio donde vive.

Cuando escribí *La madriguera* no conocía los detalles de la muerte de Ian Curtis. Ahora que he leído media docena de libros sobre el suicidio y he escuchado a una veintena de testimonios, encuentro entre ambos –el literario y el real– unos puntos en común que son claves en este trabajo. A saber: son hombres; una juventud rota; trastornos mentales previos; un suicidio íntimo y al mismo tiempo expuesto a los más próximos; una puesta en escena casi idéntica. Y su muerte, que coincide con la primavera. Pero también hay una diferencia entre ambos: la reacción social. Del suicidio de Ian Curtis se han escrito libros y se han rodado películas. De la muerte de Enric Conill, en la novela, nadie quiere hablar.

De este silencio tratará este libro.